

Semana del 14 al 20 de enero de 2018. DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: 1Sam 3,3b-10.19: “Habla, Señor, que tu siervo te escucha”

Salmo: 39,2 y 4ab.7.8-9.10: “Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad”

2ª Lectura: 1Cor 6,13c-15a.17-20: “Vuestros cuerpos son miembros de Cristo”

Evangelio: Jn 1,35-42: “Vieron dónde vivía y se quedaron con él”

Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 1,35-42)

+++ Gloria a Ti, Señor.

Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo en el mismo lugar con dos de sus discípulos. Mientras Jesús pasaba, se fijó en él y dijo: “*Ese es el Cordero de Dios.*” Los dos discípulos le oyeron decir esto y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les preguntó: “*¿Qué buscan?*” Le contestaron: “*Rabí* (que significa Maestro), *¿dónde vives?*” Jesús les dijo: “*Vengan y lo verán.*” Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Eran como las cuatro de la tarde.

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que siguieron a Jesús por la palabra de Juan. Encontró primero a su hermano Simón y le dijo: “*Hemos encontrado al Mesías*” (que significa el Cristo). Y se lo presentó a Jesús. Jesús miró fijamente a Simón y le dijo: “*Tú eres Simón, hijo de Juan, pero te llamarás Kefas*” (que quiere decir Piedra).

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

La Liturgia del domingo nos invitaba a reflexionar sobre la propia vocación. En la Primera Lectura veíamos el llamado del Señor al joven Samuel, que servía en un Templo, todavía provisorio, a las órdenes del sacerdote Elí, en la ciudad de Silo. Era un tiempo en el que la institución religiosa de Israel todavía no se consolidaba.

Dios decide manifestarse a un joven que, como nos expresa la Escritura, “*aún no le conocía*”. Sin embargo, en su juventud y su inexperiencia, Samuel responde con generosidad al llamado de Dios, “*Habla, Señor, que tu siervo escucha*”, y así, como nos dice literalmente el final de este pasaje bíblico, “*Samuel creció, y el Señor estaba con él, y todo lo que el Señor le decía, se cumplía.*”

Hay tres aspectos muy importantes para destacar de esa lectura, que de algún modo nos preparan para sacar un mejor provecho en la reflexión del Evangelio que acabamos de leer:

1° Que Dios, en uso de su libertad, y muchas veces contra la lógica humana, elige al que quiere, para lo que Él quiere.

2° La juventud, que ayuda a responder generosamente al llamado de Dios (una cuestión muy importante para considerar, particularmente en este año, que nuestra Iglesia ha dedicado a la juventud).

3° Finalmente, la humildad y la generosidad, la verdadera grandeza del buen servidor de Dios, que reconoce el momento en el que **debe** hacerse a un lado y entregar aquello que no es suyo, aquello que el Señor “le prestó” por un tiempo, para que lo hiciera fructificar. Es el caso de Elí, que gozoso le entrega a Dios a su servidor Samuel, y de Juan el Bautista, que encamina a sus discípulos hacia Jesús. Luego dirá: “*Esta es pues mi alegría, que ha alcanzado su plenitud. Es preciso que él crezca y que yo disminuya*” (Jn 3,29-30). La única tarea de Juan (como la de todo verdadero seguidor del Señor) era la de “ser testigo de la luz”, no la luz misma, como nos decía el Papa Francisco en el fragmento de su homilía que leíamos la semana pasada.

Bien. El pasaje del Evangelio que releemos hoy transcurre a orillas del Jordán, en la localidad de *Betabará* (o “*Bethabara*”), donde San Juan bautizaba. Allí estaba él, rodeado de sus discípulos, cuando pasó el Señor.

El día anterior, según nos dice el mismo Evangelio en los versículos previos, Juan había estado respondiendo a las preguntas de un grupo de personas enviadas por los fariseos, a las cuales les había dicho con claridad que él no era el Mesías, pero que éste estaba muy próximo a manifestarse, pues de hecho, ya estaba entre ellos...

Obviamente, los discípulos de Juan habían escuchado esa conversación y venían oyendo, ya desde hacía mucho tiempo, que el Redentor “estaba cerca”. Su interés y sus esperanzas crecían cada día...

En realidad, todo el pueblo de Israel esperaba a su Salvador, pero las expectativas entre unos y otros eran distintas, por eso NO todos estaban realmente dispuestos a recibirlo. Por eso, quienes no le reconocerían, terminarían clavándolo en un madero, como al peor de los delincuentes. Los gobernantes, los sacerdotes, los que tenían el poder público y religioso lo persiguieron desde el pesebre, como vimos el domingo pasado.

Hoy sucede en cierto modo lo mismo: los poderosos, los adinerados, son menos sensibles al llamado de Dios porque ya tienen su “pedazo de cielo” aquí en la tierra...

Sin embargo, casi todos los seres humanos esperan “algo” que les cambie la vida, que se las haga “más digna” (entre comillas), más feliz o más plena. Pero al igual que entonces, la gran mayoría tiene perspectivas erróneas, equívocas,

engañosas... creen que la mayor dignidad pasa por tener más dinero, por gozar de mayores lujos... por eso también tuercen sus caminos y fallan sus “métodos”, y buscan llenar ese vacío existencial con cosas superfluas, que van desde un nuevo corte de pelo, un vestido o un par de zapatos nuevos, hasta cuestiones todavía más absurdas y peligrosas para la sociedad... Como la búsqueda del dinero a través de actos delictivos: la extorsión, el fraude, las drogas, la corrupción en sus más variadas formas.

Por eso el mundo está “de cabeza”, al punto de que ver o leer las noticias se convierte en un verdadero sufrimiento: crisis económica y financiera, delincuencia, guerras, violaciones, secuestros, promoción de leyes estúpidas y una serie de calamidades. ¡Y ni qué decir de los programas o productos de “entretenimiento”! Toda la sociedad es un hervidero de valores trastocados, en los que el mal predomina a diestra y siniestra. Estos son, ciertamente, como dolores de parto... tal cual lo profetizara Jesús.

Pero a diferencia de aquel entonces, hoy tenemos un terrible agravante: la sociedad del siglo XXI corre a pasos agigantados hacia el ateísmo pleno, que se puede ver, como decíamos, en todos los ámbitos de la cultura, en todas las esferas del quehacer humano. Pareciera primar en todo una consigna: *“Dios no existe, y por eso tienes que hacer ahora lo que más te guste... Prueba, prueba, no te canses de probar; seguramente algo encontrarás que te satisfaga.”*

Frente a esa “lógica” están los valores del Evangelio, que hoy se presentan como pasados de moda, pero que necesitan recobrar fuerza viva entre nosotros, antes de que toda la humanidad se vaya al despeñadero. La tarea es inmensa, el desafío es abrumador... ¡SE NECESITAN VERDADEROS DISCÍPULOS, ORANTES Y ACTUANTES!

Las primeras palabras de Jesús, en el Evangelio de San Juan, constituyen una pregunta, que el Señor nos formula a cada uno de nosotros: *“¿Qué buscan?”*... Un dicho popular en Sudamérica reza *“el que no sabe lo que busca, no entiende lo que encuentra”*. Por eso es muy importante hacerse esa pregunta siempre *“¿Qué es lo que estoy buscando...?”* Si lo que realmente busco es a Cristo, si lo que realmente quiero es seguirlo, ser su verdadero discípulo, Él me dijo lo primero que tengo que hacer: *“El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo...”* Eso es lo primero, lo segundo, lo tercero y lo último... No puedo seguir verdaderamente a Cristo mientras no me niegue a mí, a mis deseos y pretensiones... ¿Nos cuesta tanto entenderlo...?

El pasaje de este Evangelio nos habla precisamente del verdadero discipulado: Del encuentro, del reconocimiento, del seguimiento, de la perseverancia, del compromiso y del cambio: De esa vida nueva que todos ansiamos, y que por pura Gracia de Dios, nosotros entendemos cómo la podemos alcanzar. Repasémoslo juntos:

El encuentro se produce cuando Jesucristo pasa y, para algunos (como los discípulos de Juan) sólo se deja ver, y hasta parece que no fuera a detenerse... Para otros, en cambio, se parará directamente en frente, les mirará a los ojos, como a Pedro, y les llamará por su nombre... En todo caso, Él sabe cómo hacer con cada quien, y a todos *“a veces se nos adelanta y a veces nos sigue”*, como decía San Agustín...

El reconocimiento ocurre cuando “alguien” nos dice que Él es el Cordero de Dios, el que quita el pecado y hace de nuevo todas las cosas; cuando nos damos cuenta de que era Él a Quien andábamos buscando, cuando comprendemos que Él era lo que más ansiábamos, lo que de verdad necesitábamos para vivir en plenitud...

El seguimiento y la perseverancia, la permanencia junto a Él será sólo el resultado de aquel encuentro, de ese momento de “consciencia”, en el que comprendimos que sólo a su lado seremos lo que queremos y DEBEMOS ser. *“Señor, ¿a dónde iremos? Tú solo tienes Palabras de vida...”*

El compromiso es el fruto necesario de aquel encuentro, es el deseo de hacer que todos puedan disfrutar de lo que nosotros disfrutamos... Nos hallamos ya tan convencidos de que estar a Su lado es lo mejor, que sentimos la responsabilidad y la **obligación** de compartir esa felicidad, como hizo Andrés con su hermano Simón... Cuando nos hacemos, como dice San Pablo, *“embajadores encadenados del Evangelio”*, de suerte que no podríamos ya dejar de anunciarlo. (Cfr. Ef 6,20).

El cambio es el desafío permanente de todo aquel que sigue al Señor, y que nos acompañará durante toda la vida; es ese “negarse a sí mismo”. Ser discípulo significa asemejarse cada vez más al Maestro: configurarse a Él, tratar de ser Él (no sólo “ser como” Él, sino hacerse uno con Él). Este es el proceso de Comunión o de Unión Común, cuyo ejemplo perfecto se observa en la Santísima Trinidad: Tres Personas, pero un solo Dios. Para esto, la vida comunitaria juega un papel trascendente. Sin VERDADERA COMUNIÓN en la comunidad, no entraremos en plena Comunión con Dios.

En el caso de Pedro, como vemos, ese cambio debió llevarle incluso a un nuevo nombre (como sucedería con Mateo, que antes era Leví, y con Natanael, quien sería después Bartolomé, los tres llamados directamente por Jesús para seguirle)... No es casual: La necesidad del cambio para ellos era más radical, por eso hasta les cambió el nombre.

Jesús le dio un nombre nuevo a Pedro, en señal de la vida nueva que recibiría después de aquel día. Nosotros también recibimos una vida nueva cuando dejamos entrar a Dios en nuestro corazón, en nuestra mente y en nuestros días.

Si bien el Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que en el Reino de los Cielos recibimos un nombre nuevo, al meditar sobre este encuentro entre Pedro y Jesús, descubrimos que, cuando Dios nos encomienda una misión, nos llama de una manera distinta, de acuerdo con la responsabilidad que nos encomienda, porque nos hace experimentar, ya aquí en la tierra, esa vida nueva que se encuentra en plenitud en el Cielo. Por eso es que muchos religiosos y religiosas “cambian de nombre” al hacer sus votos.

Estamos iniciando un año y tenemos la maravillosa oportunidad de asumir el reto de **avanzar**, en ese discipulado al que hemos sido llamados. El mundo realmente lo necesita: Todos precisan ser felices, pero necesitan encontrar el camino para lograrlo; precisan ver que esa felicidad es posible y cierta, y nosotros somos los encargados de demostrárselo con nuestra propia vida.

Profundicemos pues nuestro cambio interior, para ser eficaces mensajeros de la Buena Nueva. Crezcamos en la oración y en el espíritu de sacrificio.

REFLEXIÓN DE NUESTRA MADRE FUNDADORA, A PROPÓSITO DEL EVANGELIO:

Cuánto ejemplo podemos sacar de Juan Bautista en el Evangelio que volvimos a leer hoy, en este nuestro mundo en el que se alienta la competencia y no la colaboración, el tratar de ganar los primeros lugares, cueste lo que costare, y por encima del servicio y del amor, y aún del respeto a la dignidad del otro.

Juan vino para poner al pueblo en contacto con Jesucristo. Cuando apareció Jesús, él comenzó a ocupar el segundo lugar, con una capacidad de desprendimiento interior ante el Señor que es digna de reflexión profunda para nosotros.

¡Cuánto nos cuesta tantas veces ponernos en el segundo lugar...! dejar que el Señor ocupe el primer lugar en nuestra vida y en la vida de los que nos rodean, de todos los hombres. Muchos fracasos pastorales se dan por este “afán de protagonismo” que no conduce hacia Dios, sino que se hace estéril, debido al corazón estrecho de los “protagonistas”.

Por eso nosotros debemos estar en oración permanente y pidiendo a Dios que nos abra los ojos y el corazón, para comprender que seguir a Jesús no es algo fácil... nunca lo ha sido. Debemos tener la conciencia de que únicamente los auténticos seguidores de Jesús son quienes lo anteponen a sus propias batallas interiores, a sus propios intereses y egoísmos. Lo demás son solamente “buenas intenciones”.

Preguntemonos al inicio de este año:

- ¿Qué estoy buscando yo en mi vida de católico comprometido?
- ¿Cuáles son mis propósitos y mis metas?
- ¿Cómo está presente el Señor en mi vida?

Algunas personas buscan en la fe cosas que la fe no les puede ofrecer. Hay otras personas que se acercan buscando seguridad personal, cuando la fe nos da una seguridad interior arriesgada y siempre llena de tentaciones. Otros buscan la forma de figurar, y también hay quienes quieren encontrar en la fe alguna clase de paz, pero no se atreven a combatir consigo mismos, y ni se les ocurre pensar que las más duras batallas que debe librar una persona son las que tiene que combatir diariamente contra uno mismo.

Los discípulos de Juan llamaron a Jesús “Rabí”. Este era el título de respeto que daban los estudiantes y los buscadores del conocimiento a sus maestros y a los sabios... La persona que quiere ser discípulo de Jesús no se da por satisfecha con una palabra de pasada, sino que quiere con toda el alma tener un encuentro personal con Él.

La vida cristiana auténtica es la única realidad en la existencia que comienza llegando ya a la meta: a Jesús. Es cristiano aquel que ha descubierto en el interior de su morada a Jesús y, desde ese instante, toda su vida será un anhelo de profundizar en Él. Pero el Señor es tan inagotable que necesitamos la eternidad para seguir hundiéndonos en Él.

Hay personas que oyen hablar de Jesús y hablan con Jesús, pero que tal vez no han experimentado en la profundidad de su corazón la fuerza de ese encuentro, y por ello no pueden cambiar sus corazones débiles y vacilantes.

El único encuentro que puede transformar la vida de un ser humano es el encuentro verdadero con Jesús, por eso es que los discípulos de San Juan Bautista se quedaron con Él apenas lo encontraron.

Debemos preguntarnos si nosotros nos estamos dejando inundar por la vida de Dios, si estamos atentos y dispuestos a la vida comunitaria de las Tres Personas de la Santísima Trinidad en la soledad de nuestra vida íntima...

El Evangelio de este domingo nos dice que Jesús “fijó la mirada en Pedro...” Ha debido ser esa mirada que va desde el fondo al corazón. El Señor no ve solamente lo que es la persona en el momento, ve más allá, lo que puede llegar a ser la persona dentro de Su Plan de salvación. Jesús ve en cada ser humano no solamente lo que es en la actualidad, sino todo lo que puede llegar a ser, si acepta encontrarse con Él y seguirle.

Al invitarnos Jesús a seguirlo, quiere salvarnos no solamente de la guerra y del hambre, de la violencia y de la pobreza, sino también del absurdo de una vida sin sentido, del aislamiento en nosotros mismos, del pecado y de todo mal.

Solamente estudiando cómo fue Su Vida, conociéndolo y siguiéndolo, proponiéndonos de todo corazón ser Sus discípulos, podremos llevar a otros hacia ese encuentro personal con el Señor, y ahí es cuando veremos con dicha inmensa que los ciegos en el espíritu comenzarán a ver un mundo nuevo, donde todo tendrá sentido, donde los inválidos caminarán hacia el Reino con paso alegre y decidido, desprendiéndonos todos los seres humanos de las gruesas costras de nuestras maldades, escucharemos todos los sordos, gustosamente la Buena Nueva, y estaremos de fiesta con la esperanza de nuestra salvación.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) ¿Tuve un encuentro personal con Jesús, y a partir de allí lo reconocí como mi Salvador? ¿Cuánto ha cambiado mi vida desde aquel entonces? ¿He crecido espiritualmente en este tiempo, todo cuanto debía hacerlo?
- b) ¿Reconozco los aspectos que todavía DEBO cambiar y mejorar para ser un verdadero discípulo de Cristo? ¿Cómo podré lograrlo? ¿En qué debo trabajar...?
- c) ¿Puedo reconocer, como Juan el Bautista, al Cordero de Dios en cada Santa Misa? ¿Lo dejo que quite el pecado de mí?
- d) Si yo también seguí a Jesús hasta su casa (el templo), ¿me quedo con alguna frecuencia a solas con Él, para escucharlo? ¿Lo oigo atentamente y procuro entender lo que quiere de mí? ¿Me esfuerzo lo suficiente por hacerlo?
- e) ¿Les muestro a mis parientes y amigos a Cristo, como hizo Juan a sus discípulos, para que ellos también lo sigan?
- f) ¿Tengo la verdadera fe, el verdadero amor y entrega a Dios, para renunciar a todo lo que Él mismo me ha dado, y servirle desde donde Él quiera que le sirva, para disminuir hasta “desaparecer”, si es necesario, a fin de que Él crezca?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita de Oración, para que expresen sus comentarios. Como siempre, se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica:

Cánones: 551, 863, 1998, 2001

551 Desde el comienzo de su vida pública, Jesús eligió unos hombres en número de doce para estar con Él y participar en su misión; les hizo partícipes de su autoridad “y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar”. Ellos permanecen para siempre asociados al Reino de Cristo, porque por medio de ellos dirige su Iglesia: “Yo, por mi parte, dispongo el Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que coman y beban en mi mesa en mi Reino y se sienten allí sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lc 22,29-30).

863 Toda la Iglesia es apostólica mientras permanezca, a través de los sucesores de San Pedro y de los apóstoles, en comunión de fe y de vida con su origen. Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es “enviada” al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío. “La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado”. Se llama “apostolado” a “toda la actividad del Cuerpo Místico” que tiende a “propagar el Reino de Cristo por toda la tierra” (Decreto Apostolicoam Actuositatem 2).

1998 Esta vocación a la vida eterna es sobrenatural. Depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, porque sólo Él puede revelarse y darse a sí mismo. Sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana, como las de toda creatura (Cfr. 1Cor 2,7-9).

2001 La preparación del hombre para acoger la gracia es ya en sí misma una obra de la gracia. Ésta es necesaria para suscitar y sostener nuestra colaboración a la justificación, mediante la fe y a la santificación mediante la caridad. Dios completa en nosotros lo que Él mismo comenzó, “porque Él, por su acción, comienza haciendo que nosotros queramos; y termina cooperando con nuestra voluntad ya convertida” (San Agustín): Ciertamente nosotros trabajamos también, pero no hacemos más que trabajar con Dios que trabaja. Porque su misericordia se nos adelantó para que fuésemos curados; nos sigue todavía para que, una vez sanados, seamos vivificados; se nos adelanta para que seamos llamados, nos sigue para que seamos glorificados; se nos adelanta para que vivamos según la piedad, nos sigue para que vivamos por siempre con Dios, pues sin Él no podemos hacer nada (San Agustín, De natura et gratia).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM 116 Quiero hacer grandes cosas en ustedes, créanme, quiero hacer de ustedes hornos ardientes de Mi Amor, centellas de Mi Corazón ante el mundo helado e ingrato. Por consiguiente, síganme, acepten Mi consejo y trabajen para purificar su

alma junto Conmigo. Se requiere método; no se puede barrer una casa dando continuos escobazos, más aptos para levantar el polvo que para recogerlo.

CA 112 Seré crucificado en Mis discípulos cada vez que éstos soporten privaciones de reputación o bien claras ofensas a su sincero amor. Justamente estos dos puntos son los que los hacen semejantes a Mí, porque la obra del Sanedrín contra Mí fue precisamente la de privarme de la reputación crucificándome como un ladrón cualquiera en la Cruz, a la vista de todos. Yo, que Soy el mayor honor concedido al pueblo judío, de este mismo pueblo debía recibir este ultraje. Y así, además sufrí amargura de parte de cuantos ofendieron Mi sincero amor, antes creyendo en él y luego despreciándolo. Por eso les digo que Yo vuelvo a ser crucificado en Mis amados, porque ellos, con su aceptación renuevan Mis penas.

Es mejor que les diga sin velos estas cosas, porque son obstáculos tales que, mientras pueden acarrearles mucho bien, podrían hacerlos desistir y volver atrás. Pero, ¿por quién volverían atrás? Por causa de algunos ciegos, como ustedes, que quieren clavarlos en una cruz de ignominia, o bien traicionan el amor sincero con el cual los benefician.

Es necesario que sepan estas cosas y deben considerarse para estar preparados a recibirlas, pues ¿qué importa el creer si no se ama? Creer solo no basta, hace falta amar, pero de verdad, porque en el amor está la salvación, en el amor reside todo bien, ya sea suyo, ya Mío.

Son Mis discípulos vasos elegidos, en los que derramo la abundancia de dones Celestiales (...) Ustedes no van arrastrados por la vía de Mi amor, los dejo libres siempre, y libremente deben aceptar cuanto les He dicho. Pero, atentos, todo cae si se estancan, nada se puede hacer considerando las afrentas desde el lado de la justicia humana. Mi caridad, es decir Mi afecto por ustedes, está sobre la justicia del hombre y no atiende a ella. Lo mismo deben hacer ustedes, lo mismo deben pensar, oh elegidos Míos a quienes llegarán estás palabras. No se debilite su esfuerzo. Pídanme esto y se lo concederé.

Si en la vida mortal experimentan estas cosas, ténganse por privilegiados, porque así es efectivamente en el Cielo, donde todo se ve en Mi luz divina. Son privilegiados cuando se les da ocasión de padecer, privilegiados como lo fui Yo al sufrir por ustedes. Denme su asentimiento modesta, pero firmemente. Son ya muchos siglos que se los pido. No tarden más.

Si todo el mundo pudiese contar cuántas bellezas hay puestas como base de Mis diversas manifestaciones, se oiría una música de alabanzas y de amor a Mí y cada cual quedaría consolado por sí y por los demás. Pero en el mundo rige la regla de las tinieblas, y las criaturas no saben hablar de Mis bellezas de efusión hacia ellas. Por eso gran parte de Mi obra no será conocida sino en el Cielo, ya concluida la salvación.

(...) Cuánto aprecio la fe y la premio parcialmente en la tierra. Y los conflictos de hoy son los acontecimientos trascendentales del mañana, porque seguirme de verdad significa poner, como base de la propia existencia, no cosas fáciles, sino conflictos consigo mismo y con el mundo que los rodea (...)

7.- Virtud del mes: Durante este mes de enero, practicamos la virtud de la **Fortaleza** (Catecismo de la Iglesia Católica: 1808-1811-1831-1837)

Esta Semana veremos el canon 1811, que dice lo siguiente:

1811 Para el hombre herido por el pecado no es fácil guardar el equilibrio moral. El don de la salvación por Cristo nos otorga la gracia necesaria para perseverar en la búsqueda de las virtudes. Cada cual debe pedir siempre esta gracia de luz y de fortaleza, recurrir a los sacramentos, cooperar con el Espíritu Santo, seguir sus invitaciones a amar el bien y guardarse del mal.

Y La Gran Cruzada nos dice:

CA 22 Cuando lleguen los sufrimientos, piensa que aunque Me notes ausente, nunca estaré más cerca de ti que en esos momentos. Y si sientes desfallecer tu corazón, abandónalo en Mis manos, que ellas sabrán darte la fortaleza necesaria. Si sientes tedio y desagrado en cumplir lo que dispongo, quita la escoria de tu disgusto; porque si quieres de veras poseerme, has de aceptar también lo desagradable que te He destinado en la tierra y saber que, mientras vivas pegada a ella, has de vivir de lo terreno.

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** Revisaré frente al Señor mi vocación, el llamado que Él me hizo o me hace ahora para servirle, y la generosidad con la cual le respondí y le respondo ahora.

- **Con la virtud del mes:** Debo orar siempre, para recibir del Señor la fortaleza suficiente, a fin de que me permita vivir mis contrariedades con la paz de Cristo en mi corazón, y transmitiendo esa paz a los que me rodean.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*